

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Pesetas

Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10

PROVINCIAS

Tres meses.....	3
Seis.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar..	8 pesos

CORRESPONSALES

25 números de EL MOTÍN. 2,50

NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se sirven al al por mayor ni al por menor. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

NÚMERO ATRASADO

25 céntimos.

FERNANDO GARRIDO

El día 31 de Mayo de 1883 murió en Córdoba Fernando Garrido—había nacido en Cartagena el día 6 de Enero de 1821.—No existe hoy entre nosotros un tan activo propagandista. Son innumerables las obras que escribió, encaminadas todas a encarnar en el pueblo, ya los principios democráticos, ya la federación, ya las reformas que a su juicio habían de redimir a las clases jornaleras de la esclavitud y la miseria.

Empleaba Garrido para la difusión de sus ideas todos los medios que tenía a mano—la hoja, el periódico, el folleto, el libro, la poesía y la prosa, el drama y la novela, la plática, el discurso, la arenga, la proclama,—y en todo usaba un lenguaje sencillo, un estilo fácil, una manera agradable con que cautivaba a las muchedumbres. Dirigíase ahora a la razón, ahora a la fantasía, ahora al sentimiento, y ganaba a la vez los corazones y las almas. Lo veía todo con claridad pasmosa y con claridad lo transmitía, así al lector como al oyente, que ningún esfuerzo habían de hacer por seguirle en sus razonamientos. No se esforzaba nunca por parecer ni sabio, ni filósofo, ni erudito; evitaba el empleo de las voces técnicas a fin de ponerse al alcance de mayor número de inteligencias.

No exponía Garrido, sin embargo, ideas vulgares ni comunes. Hombre más bien de los venideros que de los pasados siglos, abría siempre nuevos horizontes. No circunscribía a las fronteras de su nación la idea de la patria; la extendía a la tierra toda, como extendía a toda la humanidad la idea de la familia. No se proponía unir por la federación las solas regiones de la Península; quería unir por ella todas las gentes, y crear un poder que, dirimiendo las diferencias internacionales, pusiese término a la guerra. No limitaba sus aspiraciones a la emancipación de los jornaleros de España; quería emancipar a los de todo el orbe, haciendo del trabajo el único título de propiedad y la única fuente de vida y de riqueza.

Ni era Garrido hombre que retrocediese ante ningún peligro. Fué varias veces encarcelado, pasó muchos años en el destierro, estuvo en inminente peligro de perder la vida en el cadalso; vivió vida azarosa y casi siempre pobre, y no dejó nunca de repetir en alta voz sus ideas, cuando no en su nación en otras naciones. Desterrado en Londres, representó a la democracia española en el Comité Europeo, y unió su voz y sus esfuerzos a los de Mazzini, a los de Pyat, a los de Ledru-Rollin, a los de Kossuth, a los de todos los revolucionarios de 1848, y no perdonó sacrificio por la defensa de su noble causa. No tenía el valor material de que tantos hacían alarde, pero sí ese valor cívico que mueve los hombres a grandes empresas. Rotos en Sedán los ejércitos de Bonaparte, buscó en favor de Francia el apoyo de Garibaldi.

¿Qué ventajas sacó Garrido de sus constantes é improbos trabajos? Durante la República de 1873 fué intendente general de Hacienda en las Islas Filipinas. Esta fué toda su recompensa. Pobre fué a las Islas, y pobre volvió; tan pobre, que se hubo de consagrar con más energía que antes a la literatura y al arte. No se quejaba con todo; antes bien, se daba por muy satisfecho con haber sido representante del pueblo durante toda la Revolución de Septiembre y haber contribuido primero a la consagración de los derechos individuales, después a la caída de la casa de Saboya y al establecimiento de la República.

Garrido fué, no sólo un propagandista infatigable de los principios democráticos, que contribuyó más que ninguno a encarnar en nuestro pueblo, sino también un buen escritor en prosa, un poeta, y un artista que pintaba con la misma facilidad con que escribía.

Desde los primeros años de su juventud colaboró en los periódicos más avanzados, alguno de ellos fundado por él mismo, como *La Atracción*, el primero tal vez de los periódicos socialistas publicados en España, el cual, aunque suprimido por Narváez en 1845, a los pocos meses de su aparición, sirvió, sin embargo, para formar en torno de Garrido un núcleo de demócratas socialistas, entre los que figuraban Sixto Cámara, Ordax Avelilla, D. Mariano Cancio Villamil, D. Antonio Ignacio Cervera y otros.

Garrido escribió *La propaganda democrática y los viejos partidos políticos*, *la Defensa del socialismo*, *El socialismo y la democracia ante sus adversarios*, y otros muchos folletos, alguno de los cuales alcanzó gran circulación. Escribió por fin obras de gran volumen e importancia, como *la Historia de las persecuciones políticas y religiosas*, en siete tomos; *La humanidad y sus progresos*; *La España contemporánea*, que ha sido traducida a casi todas las lenguas europeas; *La Historia de los progresos sociales*, *La Historia de los crímenes del despotismo*, *la de las Asociaciones obreras*, *La Historia del reinado del último Borbón de España*, *La Historia de las clases trabajadoras*, y otras que la brevedad del espacio no nos permite enumerar; casi todas fueron publicadas bajo el pseudónimo de A. Torres de Castilla.

Después de la Restauración, ¿cuánto no escribió para combatirla! *La Restauración teocrática*, *¡Pobres jesuitas!*, *La revolución en la Hacienda*, *Los viajes del chino Dagur-Li-Kao*, *Los Estados Unidos de Iberia*, la primera serie de los *Cuentos Cortesanos*, etcétera, etc. Puede decirse que no dejó la pluma sino con la vida. Sus obras podrían formar una biblioteca de más de trescientos volúmenes.

«...¿No son estas condiciones, trabajos, méritos y servicios—dice uno de los biógrafos de este infatigable propagandista—para poder Garrido haber gozado una vejez tranquila y holgada? Indudablemente. ¿Cómo, pues, ha vivido pobre y ha muerto pobre también, trabajando hasta su última hora? Porque era un apóstol consagrado totalmente a una idea, y porque esta idea era la República y la emancipación social. Y los apóstoles, que descuidan siempre el materialismo de la vida, cuando lo son de una idea nueva y redentora que viene a perturbar intereses bastardos y egoístas, no pueden esperar el premio en vida por difundir ideas que sólo se realizan largo tiempo después de su muerte.

«¡Ah! Si Fernando Garrido hubiera sido conservador, ¿cómo la fortuna le hubiera sonreído, cómo sus detractores hubieran adulado sus talentos y reconocido su mérito! Pero Garrido era un revolucionario, y revolucionario de verdad; estaba dotado de esa rigidez en las convicciones que excluye toda posibilidad de acomodamiento; era la consecuencia personificada de la democracia, y los pseudo-sabios de la conservaduría aparentaban tenerle en poco, y los mismos demócratas, que exageraron hiperbólicamente sus talentos, hicieron más tarde gala de despreciarle, porque su rectitud era muda censora de volubildades deplorables.

«Pobre y todo como ha muerto, y a pesar de su modestia, Garrido tiene reservada una página gloriosa en la historia de nuestro tiempo. Cuando el

pueblo, viviendo la República, que es su aspiración, gozando tranquilamente sus derechos en una indiscutible y pacífica democracia, torne sus ojos al pasado, buscando los verdaderos héroes del pensamiento, los escritos de Garrido le mostrarán un corazón apasionado, una clarísima inteligencia, una fe inquebrantable, una rigidez política, una rectitud y un patriotismo tan grandes, que, en su justicia, le colocará en primera línea entre los fundadores de las instituciones a que deberá su ventura, anteponiéndole en sus recuerdos y en sus honores a muchos fastuosos hacinadores de pomposas frases que creen asegurada la inmortalidad.»

Recomendemos a las nuevas generaciones el alto ejemplo de consecuencia política que ha dejado D. Fernando Garrido.

LA VUELTA DEL SR. ZORRILLA

La Concordia, periódico de Salamanca, publica un artículo que empieza así:

«Uno de los periódicos republicanos que leemos desde el título hasta el pie de imprenta es EL MOTÍN, y creemos que a muchos republicanos les pasa lo mismo.

Lo que hay es que no todos confiesan la afición motinesca con tanta ingenuidad como nosotros, porque, aunque a temporadas nos disgusta, en gracia a la franca y despejada actitud que adopta siempre el querido colega, ó a que ante todo somos amigos de sus redactores, por fas ó por nefas, es el caso que no podemos incomodarnos con tan antiguo é ilustrado compañero.

Al fin nuestro aprendizaje periodístico lo hicimos a su amparo en aquel primer período hidrofóbico de la restauración, y *El Zorrillista*, el primer periódico de este título que tuvo España, se imprimía en la misma máquina que EL MOTÍN, y juntos salían a denuncia por número y a desazón por minuto en aquella terrible época en que no había más Dios que Romero y Villaverde su profeta.

Los sabios, los filósofos, los salvadores de la humanidad republicana, no sabemos qué se hacían. Sabemos solamente que no oficiaban de tontos, y que se estaban achantaditos en sus cátedras, en sus destinos y en sus negocios, en tanto los demás andábamos de Herodes a Pilatos, ó de las Salesas al Modelo, cuando no se daba una maña para ganar la frontera ó el rincón más oculto de una provincia.

Con estos antecedentes de origen, no es de extrañar el afecto que por aquel colega sentimos, y aun sin ese afecto, que no ha entibiado el tiempo, estaríamos obligados a considerarle y distinguirlo, porque el partido revolucionario español y su ilustre jefe el Sr. Zorrilla debíanle una valiente, habilísima, entusiasta y generosa campaña en mal hora neutralizada.»

(Abro aquí un paréntesis para dar las gracias al colega republicano progresista por los elogios que me tributa y para confirmar todo lo demás que dice.)

«Y dirán nuestros lectores de siempre que á santo de qué traemos a colación estas remembranzas.

Pues muy sencillo: para decirle a EL MOTÍN que nos apartamos públicamente de su opinión favorable al ingreso del Sr. Ruiz Zorrilla a España. Cuanto más amigos más francos.

Tema es este que ha puesto el amigo Nakens sobre el tapete hace algún tiempo, y que defiende con la perseverancia y tenacidad con que siempre defiende sus opiniones.

Fundamentos de EL MOTÍN para sostenerlo: que con la ausencia del Sr. Ruiz Zorrilla se disuelve el partido progresista; que se enervan las energías revolucionarias; que el escepticismo ó el cansancio sustituyen a la fe y a la esperanza; que es el pretexto que para hacer que no hacen nada tienen Pi y Salmerón; que aquí, sobre el terreno, a la vera del escenario político en que se agitan y manotean y chillan muchos farsantes que tienen un pie en la restauración y otro en la República, podía el Sr. Ruiz Zorrilla convencerse de que no es oro





✦ D. Fernando Garrido.

Lit. Romillo, Fuentes. 11. MADRID.

todo lo que reluce, que no sería víctima de ilusionistas revolucionarios, ni de agentes de la restauración disfrazados de Marat y Robespierre; y, sobre todo, que no desperdiciaría las oportunidades ni la inconsciencia impulsaría sus viriles determinaciones.

«Con la experiencia dolorosa de diecisiete años de tentativas sin éxito, los argumentos de EL MOTIN llevan la duda á muchos espíritus y el convencimiento á algunos.»

«Como teoría seduce la teoría de EL MOTIN, antes implica buena voluntad hacia el Sr. Ruiz Zorrilla que malquerencia; pero EL MOTIN se deja llevar de su buena fe y quizás de la desagradable impresión que le ha producido—á nosotros nos pasó lo mismo—el olvido en que dejaron los revolucionarios el nombre del ilustre expatriado el día en que Salmerón llegó á Madrid de regreso de Gracia.»

El colega se ha fijado bien en las razones en que me fundo para desear la vuelta del Sr. Zorrilla á España.

A continuación dice «que esa vuelta en el presente momento histórico sería de un deplorable efecto político, contraproducente en grado sumo».

Yo, por el contrario, sigo creyendo que contribuiría poderosamente á facilitar la unión, y si esto no resultare, á dividir al partido republicano en evolucionista y revolucionario, necesidad que se impone imperiosamente si la unión no se verifica, y base de todo lo que haya que hacer en lo porvenir.

Opina después que á estas alturas no puede tirarse la monarquía «con discursos, con asambleas, con banquetes y con artículos de periódicos,» y estoy completamente de acuerdo; pero creo á la vez que el colega opinará conmigo que tampoco se tira abriendo paréntesis, rompiendo coaliciones populares, levantando partidas de quince hombres como la del Bou, y fiándose de vividores y de traidores y de necios y de farsantes. Ciertamente es que los demás jefes nada han hecho en diecisiete años; pero esta no es razón para que el Sr. Zorrilla permanezca en París sin hacer nada tampoco. No vamos á parodiar aquello de—¿Qué haces, Pedro?—Nada.—¿Y tú, Juan?—Ayudar á Pedro.»

«¿Quería EL MOTIN que Ruiz Zorrilla fuese al Congreso? Pues Ruiz Zorrilla no es de ese parecer, y hace bien. Porque de cumplir con su deber—como indudablemente cumpliría,—saldría á las pocas sesiones de allí para el extranjero, si le dejaban tiempo para ganar la frontera, que está la Cárcel Modelo más cerca; y para ese viaje, dirá él, con razón, no se necesitan alforjas.»

Permítanos el apreciable colega decirle que el cariño que profesa al Sr. Zorrilla le ha inspirado un argumento que él de seguro rechaza. El temor á los riesgos personales no influye nunca en las acciones de los hombres de su temple.

«Interin Ruiz Zorrilla esté en París hay algo que nos alienta, que nos anima, que hace revivir en momentos de angustiosa duda la fe que vacila, el entusiasmo que se apaga, la esperanza pronta á trocarse en amargo desengaño.»

Lo mismo pensaba yo y lo mismo he dicho hasta que, interviniendo directamente en ciertos asuntos, me he convencido de que esa fe, ese entusiasmo y esa esperanza tienen mucho de ficticios, y que además recibieron un golpe terrible con el desmayo que dió por resultado el paréntesis. Si el Sr. Zorrilla dudó de sí mismo y de nosotros, ¿qué confianza puede inspirarnos ya?

«De venirse ahora á España Ruiz Zorrilla, la eficacia revolucionaria quedaría en París. D. Manuel vendría á Madrid para tener que constituir con Pi y con Salmerón una trinidad que quizás llegaría á intimar de momento—es cierto—olvidando antiguas querellas; pero que no iría á ninguna parte, porque el día que el Padre creyese llegada la ocasión, la consideraría inoportuna el Hijo cuando no el Espíritu Santo; y vuelta á decir «tío yo no he sido», y «Pi tiene la culpa»; «no, que la tiene Salmerón»; «no, que la tiene Ruiz Zorrilla», etc., etc.

Podría ocurrir cuanto se dice en el párrafo anteriormente transcrito; pero tampoco eso demuestra que el Sr. Zorrilla deba continuar emigrado, sino, en todo caso, que no hay salvación ni con el uno ni con los tres. Su permanencia en el extranjero es un mal cierto para la revolución; su venida un mal dudoso; y aquí debe preferirse lo dudoso á lo cierto.

«No se hizo la revolución de 1868 por el solo concurso de los generales unionistas desechados, no. Hízose como se hizo, sin mas que tocar el himno de Riego; porque grande ó pequeño había un partido genuinamente revolucionario, ayudado por las fracciones afines; porque el pueblo español no tenía empuñada la vergüenza; porque no se le había hecho creer en un montón de sabios inútiles para gobernar el Estado que eran insustituibles como jefes y que no se podía pasar la república sin sus latas filosóficas y sin sus puritanismos, ó quijotismos de guardarrópias, ni se daba en la tontería de tomar en serio que era preciso esperar á que González Bravo, Novales y Calonge y demás afectos al trono secular se hiciesen antiborbónicos para pensar en hacer una revolución que reclamaba el país con tanta necesidad como ahora reclamamos nosotros que nuestros jefes tengan más sentido práctico y menos sublimes chifladuras.»

Efectivamente, no se hizo la revolución del 68 por el solo concurso de los generales unionistas; pero fuerza es convenir en que en poco más de dos años se verificaron cuatro movimientos: el de Villarejo en Enero del 66, el del 22 de Junio del mismo año en Madrid, el de Agosto del 66 en Llinás de Marcuello, y el del 28 de Septiembre del 68 en Cádiz, que hizo triunfar la revolución; mientras ahora sólo se han verificado dos en diecisiete años: el del 83 y el del 86. Y esto acaba con la paciencia, con la fe, con el entusiasmo, con la esperanza, con la vida y con el país.

Y concluye el colega:

«Quizás andando el tiempo coincidiéramos con EL MOTIN variando el itinerario en esta forma: que D. Manuel se quede en Tablada y le diga al pueblo español que se las componga con los conservadores y con los fusionistas como pueda, porque el papel de Cristo resulta imposible cuando ni Cirineos se encuentran para aliviar la pesada carga de la cruz, ya que no ande lindando con las fronteras de la tontería esto de empeñarse generosamente en redimir á un pueblo que no quiere que lo rediman ó que peca de exigente pretendiendo mirar los dientes del caballo regulado.»

No creo justo que La Concordia adjudique el papel de redentor al Sr. Zorrilla, por la sencillísima razón de que Cristo se sacrificó solo, y el Sr. Zorrilla ha reservado hasta ahora ese papel á los demás; aparte de que eso parece indicar que el partido republicano sería incapaz de salvarse sin el Sr. Zorrilla, siendo así que es el Sr. Zorrilla quien no puede salvarse sin él.

El papel de Cirineo en este Calvario ha tenido las quiebras que atestiguan los nombres de Cebrián y los cuatro sargentos fusilados en Santo Domingo, Ferrándiz, Vellés, Mangado, Villacampa, etc., etcétera. Si el pueblo no ha tomado parte en los movimientos ha sido porque no se le ha llamado. El señor Zorrilla no regala nada á los republicanos combatiendo á la restauración; los que están á su lado sí que le han regalado á él consideración, fuerza y prestigio. El partido republicano puede seguir siendo lo que es sin el Sr. Zorrilla; el Sr. Zorrilla no puede ser lo que es sin el partido republicano.

Pero vamos á ver si al fin podemos entendernos.

El Sr. Zorrilla abrió por su voluntad un paréntesis en su actitud, que ha durado un año y pico. Pues bien: que abra ahora otro de seis meses para venir á España. Y una vez aquí, procure la unión, estudie á los hombres que no conoce bien, compulse la opinión republicana, entérese de los elementos revolucionarios que hay y de la mejor manera de utilizarlos. Y una vez bien analizado y aquilatado todo, si cree que hay fuerzas suficientes para lanzarse á la lucha, que se vuelva al extranjero, y desde allí las reuna y las lance contra la monarquía; y si cree que no las hay, que se retire entonces á Tablada, satisfecho de no haber perdonado medio para traer la República.

Y, no lo dude el colega: paréntesis por paréntesis, todos conceptuáramos el último más práctico, más desinteresado y más patriótico.

JOSÉ NAKENS.

DISCUSIÓN

La abro tan tranquila y reposada como la deseen los partidarios de los Sres. Pi, Zorrilla y Salmerón, sobre los puntos siguientes:

EL SEÑOR PI

- ¿Realizó dentro de la República su programa?
- ¿Demostró la menor condición de hombre de gobierno?
- ¿Ha cumplido con el deber de jefe de un partido revolucionario desde que vino la restauración?
- ¿Ha dividido y perturbado á ese partido?
- ¿Cuando fué diputado y concejal, ¿combatió cual debía la administración y la política de los monárquicos?
- ¿Ha roto las coaliciones pactadas entre los republicanos ó se ha negado á entrar en ellas?
- ¿Dificulta ó impide la venida de la República con la teoría del pacto?

EL SEÑOR RUIZ ZORRILLA

- ¿Ha contado con el pueblo para los movimientos revolucionarios que ha hecho?
- ¿Ha ido eliminando poco á poco de su lado los elementos valiosos que ha tenido?
- ¿Ha abierto un paréntesis revelador de cansancio ó impotencia?
- ¿Rompió la coalición Nacional Republicana al abrir ese paréntesis?
- ¿Tiene hoy suficiente prestigio para arrastrar hombres á la revolución?
- ¿Pone su personalidad sobre la suerte de la República al negarse á venir á España, donde tan grandes servicios podría prestar en estos instantes?

EL SEÑOR SALMERÓN

Manteniendo la nación tres guerras civiles, ¿abandonó la presidencia de la República, que ocupó para hacer cumplir las leyes, por no aplicar la pena de muerte en el ejército, que era una ley?

¿Puso sus escrúpulos de escuela sobre los intereses de la patria?

¿Agotó todos los medios para combatir al absolutismo?

¿Combatió á Castelar, sabiendo que así contribuía á la pérdida de la República?

¿Se manifestó á la altura de su cargo, de su fama y de su misión el día que profanaron el Congreso los soldados de Pavía?

¿Se unió á Zorrilla cuando predicaba la insurrección permanente, y se manifestó dolorosamente sorprendido al fracasar un movimiento?

¿Ha promovido una disidencia para formar un partido que no responde á necesidad alguna y en cuyo programa no figura una idea nueva?

Convénzase de que nada de eso es cierto; que los hombres que tal hicieron deben conservar su prestigio; que ellos y sólo ellos merecen dirigir la República, y me pondré á su lado.

Menos aún. Demuéstrese con hechos que están dispuestos á remediar sus pasados extravíos, y me dedicaré á cantar sus alabanzas.

De la discusión brota la luz, y en la democracia todo es discutible. El pueblo republicano, que nos escucha, será nuestro juez. Empezee el que quiera.

NUESTROS EDILES

Los concejales republicanos de Madrid han realizado un acto: retirarse de una sesión del ayuntamiento, porque el alcalde se negó á que se leyese el dictamen de la comisión de presupuestos fundándose en que se había repartido entre los concejales la Memoria, y, por lo tanto, todos la conocían.

Censuro la alcaldada y no discuto el arranque de energía de los nuestros, digno de los senadores romanos; pero les pregunto:

¿No han hecho las comisiones respectivas los presupuestos parciales, sin protesta de los republicanos que á ellas pertenecen?

¿Por qué no formularon voto particular cuando pasaron los presupuestos á la comisión de Hacienda?

Si en los presupuestos había cosas, como las hay, que debían ser enérgicamente combatidas, ¿por qué abandonaron el salón en actitud trágica, en vez de quedarse allí para evitar que los monárquicos aprobasen en menos de hora y media la totalidad, como así lo hicieron?

¿Han debido sacrificar á un despalante oratorio los intereses del pueblo de Madrid? Cuando se defienden los propios, cada cual puede hacer lo que le acomode; pero cuando se trata de los ajenos, el deber no es huir, sino luchar; agotar todos los términos y toda la prudencia antes de dar un escándalo que á nada conduce.

Como dice muy bien *El Globo*, «las oposiciones no han demostrado gran deseo de llevar la discusión á su verdadero terreno. Ni siquiera han podido dedicar un ratito á estudiar los presupuestos de la casa, viéndose, por lo tanto, sin saber qué hacer cuando llegó el momento de discutir el dictamen.»

Esta es la verdad. No parece sino que tenían interés en que se aprobaran los presupuestos tal cual estaban, pero á la vez librándose de responsabilidad ante el pueblo que los eligió.

Deberían saber que han ido á la casa de la Villa, no á convertirla en un congresillo y jugar á los diputados, retirándose del salón; han ido á impedir que los monárquicos hagan mangas y capirotes de la Hacienda municipal; y en caso de no poder evitarlo, á hacer públicas sus inmundicias y sus chanchullos; y solo en último extremo, á retirarse para no volver, haciendo públicas las causas.

Si el tiempo que han perdido en asistir á banquetes con el alcalde del rey; ó en retratarse con los concejales monárquicos en la plaza de toros, como algunos han hecho; ó en ir á San Isidro en los coches del ayuntamiento; ó en asistir á todas las corridas, lo hubieran empleado en confeccionar un presupuesto con economías, ó en combatir el que se ha presentado en la comisión de Hacienda, ya que no lo hicieron en las demás comisiones, excusaban de haberse retirado.

Pero ya lo hemos dicho en otra ocasión. Dejan pasar los asuntos en las comisiones con su voto ó con su indiferencia, y después en público quieren convencernos de que combaten á los monárquicos.

Más seriedad, más actividad, señores concejales; de lo contrario va á decir el pueblo madrileño: «todos son unos, monárquicos y republicanos.»

Imprenta Popular: Plaza del Dos de Mayo, 4.